

EL ANTIGUO TESTAMENTO COMO MENSAJE ACTUAL

Víctor Manuel Fernández

1. A pesar de la “progresividad de la Revelación”

Sabemos que Dios habla a través de personas, en su historia y a través de su cultura, con todas las limitaciones que esto implica. También hemos oído muchas veces que hay un progreso dentro de la Biblia, de modo que algunas cosas contenidas en los textos más antiguos han sido superadas y mejor explicadas en textos más recientes, sobre todo en el Nuevo Testamento. Esto tiene su fundamento en que Dios no ha usado a los instrumentos humanos como títeres, sino que ha respetado su mentalidad, sus tiempos, su cultura. Así, por ejemplo, no aparece en los textos más antiguos la fe en la inmortalidad del alma, ya que la mentalidad judía no estaba capacitada todavía para captarlo.

Pero afirmar esto sin añadir nada más puede llevarnos a despreciar o desmerecer algunos pasajes de la Biblia, sobre todo los más antiguos, y podríamos volver a afirmar como Marción que la lectura del Antiguo Testamento es innecesaria. Sabemos que no es así, pero corresponde mostrar por qué no es así, por qué la lectura del Antiguo Testamento aún tiene vigencia y valor. ¿Cómo extraer un mensaje divino actual de las imperfecciones e ignorancias que hallamos a veces en el Antiguo Testamento? Son impresionantes algunos textos, que hablan de crueles matanzas (1 Mac. 2,24-28; Num. 25,7-8), que justifican abusos contra los esclavos indefensos (Ex. 21,20-21), y que piden la venganza (Ex. 21,23-24), etc.

Pero, a pesar de todo, hay en esos libros de la Biblia un mensaje revelado que sigue siendo válido y lo será a lo largo de toda la historia. Pero esto supone que no se leen solamente

[226] párrafos aislados y que se considera la totalidad del mensaje de todo un libro. Por ejemplo:

- El Levítico, con toda su multitud de leyes superadas por Cristo —leyes que pretendían abarcar todos los detalles de la vida humana— presenta el valor de la fidelidad a Dios en todos los ámbitos de la vida, evitando que algún aspecto de la propia existencia pretenda ocultarse a su mirada amorosa.
- El libro de los Macabeos, con sus escenas de crueldad, presenta el valor del amor a la patria, a la tierra y a las tradiciones en cuanto son un don de Dios que hay que agradecer y cuidar; acentúa el valor de la fe por encima de la misma vida terrena, y es un contrapeso al individualismo y al liberalismo griego.
- En los libros legalistas del post-exilio (Eclesiástico, Daniel, Tobías) es donde aparece más explícitamente el valor salvífico de las obras de misericordia, el amor fraterno, que en el Nuevo Testamento es considerado "la Ley" por excelencia (Gal. 5,14; Stgo. 2,8).

Es cierto que la Revelación es progresiva, y que sólo alcanza su plenitud en el Nuevo Testamento; pero eso no quiere decir que hay que quitar a cada texto su valor propio, su núcleo de Verdad revelada, válida para todos los tiempos. Todo texto bíblico es Palabra de Dios, que complementa a los demás textos. En ese sentido, el Nuevo Testamento necesita el complemento del Antiguo por dos motivos:

a. Porque la mayor parte del lenguaje utilizado en el Nuevo Testamento proviene del Antiguo Testamento, de manera que la lectura del Nuevo Testamento resulta mucho más accesible para quien conoce bien el Antiguo. Así, los Padres de la Iglesia, preocupados por descubrir mensajes cristianos en el Antiguo Testamento, no interpretaron de un modo completo el Antiguo Testamento, pero la familiaridad que alcanzaron con su lenguaje y sus figuras literarias les permitió comprender mejor el Nuevo Testamento. De hecho, los Evangelios no se limitan a narrar los hechos de la Pasión de Cristo, sino que buscaron hacer comprender el sentido de esos hechos, para lo cual acudieron a imágenes e ideas del Antiguo Testamento, como las de Isaías sobre el Siervo sufriente, o las de Zacarías 12-13. Entonces, un buen conocedor de los textos del Antiguo Testamento puede leer con una comprensión más profunda los textos del Nuevo.

[227]

b. Además, hay temas del Antiguo Testamento que siguen siendo importantes para nosotros, pero que el Nuevo Testamento trata más brevemente, dando por supuesto lo ya dicho en el Antiguo Testamento. En los Evangelios hallamos pocos textos que motivan a la justicia social, ya que el contexto histórico no hacía tan necesario acentuar esos temas. Hay textos, como Mt. 20,25-26; pero Jesús sabía muy bien que la política es el "arte de lo posible", y no ignoraba lo poco "realista" que habría sido exhortar a la rebelión contra los poderosísimos romanos. Jesús continúa más bien la línea del profeta Jeremías, que exhorta a su pueblo a someterse al imperio, porque en aquel momento habría sido cruel e inútil una rebelión (Jer. 27,8-10; 29,4-10). Jesús mismo invitaba a sus contemporáneos a considerar los "signos de los tiempos" (Lc. 12, 54-56). Por eso, aunque Él no tenía por qué someterse a las leyes judías, ve la conveniencia histórica de pagar el impuesto al Templo de Jerusalén, sin que eso signifique fomentar los sacrificios judíos (Mt. 17,24-27). Pero del mismo modo recomienda "dar al César lo que es del César" (Mt. 22,15-21), sin que eso signifique justificar la opresión romana. Los zelotas optaron por la rebelión, lo cual significó la ruina total para el pueblo. Además, una opción política podía identificar demasiado a Jesús con alguna de las facciones políticas, y así limitar su mensaje y su misión.

Por todo esto, sabemos que cuando necesitemos textos que hablen de justicia social y critiquen la justicia de los poderosos, lo mejor será volver al Antiguo Testamento y leer las ácidas y audaces críticas de los profetas (como Amós 8,4-8; Isaías 1,15-17, etc.), que llegan a despreciar el culto religioso de los hombres injustos. Un texto como el de Santiago 5,1-6 bebe de aquellos gritos acusadores del Antiguo Testamento.

Destaquemos también el valor siempre actual de los Salmos para nuestra oración, los consejos prácticos de los Proverbios, etc. Hay momentos de la historia en que algunas verdades muy explícitas y desarrolladas en el Antiguo Testamento tienden a olvidarse, y es entonces cuando la lectura del Antiguo Testamento nos permite recuperar la conciencia de esas verdades.

2. La interpretación del Antiguo Testamento en relación con el Nuevo Testamento

¿Cómo aprovechar un texto del Antiguo Testamento para enriquecer nuestra vida cristiana sin quitarle su valor propio,

[228] el que tuvo en el momento en que fue escrito? Esta pregunta adquiere especial relevancia cuando se trata de textos del Antiguo Testamento que aparecen citados en el Nuevo, pero aplicándolos a Cristo o a otras realidades de la Nueva Alianza, como los anuncios mesiánicos y los relativos a la liberación de Egipto. Veamos estos dos ejemplos:

a. *Isaías 7,14 (citado en Mateo 1,20-23)*

Estas palabras de Isaías fueron dichas en el encuentro entre Isaías y el rey Ajaz, que acababa de ocupar el trono de Judá. ¿A qué se refería Isaías? El versículo 16 nos ubica en un contexto histórico bastante preciso: "Porque antes que sepa el niño rechazar lo malo y elegir lo mejor, será abandonado el territorio de los dos reyes que te dan miedo". Esos dos reyes eran el de Damasco y el de Israel, que pretendían aliarse contra el poderosísimo rey de Asiria y querían obligar al rey de Judá a unirse a ellos. El rey Ajaz se abstiene y se deciden a obligarlo. En Jerusalén se comenta que los ejércitos de esos reyes van a caer sobre el territorio de Judá para conquistarlo; de modo que Ajaz comienza a pensar en aliarse con Egipto. Allí es cuando aparece este anuncio de un niño, cuyo nombre simbólico será Emmanuel, es decir, "Dios con nosotros", y así se anuncia a Judá que no tema, porque Dios está presente con su protección, y antes de que un niño comience a comer algo más sólido, el peligro de esos dos reyes cesara.

Esta es la interpretación "histórica" del texto de Isaías, que así como invitaba en aquel tiempo a no desesperar y a evitar apoyarse en alianzas con otros reyes paganos, desconfiando de la protección de Yavé, también a nosotros nos invita hoy a ponernos en las manos de Dios confiando que Él va a guiar nuestra vida, sacando bien del mal que nos aqueja.

Pero Mateo 1,20-23 hace de este texto una interpretación cristológica, aplicando a Cristo la profecía del niño Emmanuel. ¿Significa esto que hay que abandonar u olvidar la interpretación histórica? De ningún modo, si afirmamos que Dios quiso revelarse "en" la historia y a través de la historia concreta del pueblo. Para interpretar cristológicamente el texto de Isaías no es necesario sacar a Dios y a su Palabra del momento histórico en que ha querido encarnarse y en el cual se hizo expresiva esa Palabra; al contrario, para entender bien lo que significa la aplicación a Cristo de ese texto, tenemos que captar bien cuál era la situación histórica en que el texto de Isaías habló por primera vez, cuáles eran las hondas preocupaciones a las que el

[229] texto de Isaías daba una respuesta, el dolor y la amargura del pueblo que el profeta quería consolar. Así podemos captar mejor cómo Jesús, el Emmanuel, es Dios en medio de su pueblo, que vino a dar una respuesta y una esperanza al pueblo angustiado, un pueblo que necesita ser liberado del pecado, pero integralmente liberado, en sus problemas concretos que le impiden alcanzar la plenitud. El mensaje liberador del Emmanuel asume también todas las quejas proféticas del libro de Isaías contra la opresión social sin anularlas, como la gracia no anula la naturaleza. Es más, el texto de Isaías aplicado a Cristo da un valor mesiánico y cristiano a la lucha por la justicia. Y por eso existe una "doctrina social" de la Iglesia dentro de la Teología.

Pero tenemos que decir también que una lectura histórica completa desemboca espontáneamente en la aplicación a Cristo. Así, podemos advertir que el anuncio del Emmanuel no se cierra en el momento histórico en que fue pronunciado, sino que queda abierto como promesa para toda la dinastía de David, que culmina en Cristo, Dios con nosotros. Así lo confirma el mismo libro de Isaías en 9,5-6, donde se extienden las promesas a toda la dinastía davídica hasta un tiempo donde la paz no tendrá fin, el tiempo del Mesías.

Esto nos permite asumir en algún sentido la propuesta hermenéutica de G. Gadamer y de G. Ebeling, afirmando que el estudio histórico de un texto incluye también el estudio de la historia de la "tradición", la historia de lo que el texto fue suscitando en los que lo escuchaban a lo largo de toda la historia. De este modo, podemos decir que el texto de Isaías en las sucesivas generaciones se fue abriendo a interpretaciones más amplias, que dilataron su horizonte hasta que se lo aplicó espontáneamente a Cristo, quien merece más que nadie el apelativo de "Dios con nosotros", consuelo y aliento para su pueblo.

Recordemos por último que el profeta, en cuanto autor humano, es siempre un "instrumentum deficiens" (S. Tomás, *Summa*, II-IIae., 173,4); que ninguno de los profetas captó y anunció la totalidad de la persona y de la obra del Mesías del Nuevo Testamento. Cada profeta, en sus visiones y anuncios, captó y anunció sólo una parte, un aspecto limitado de lo que será el reino mesiánico. Pero no puede decirse que se comprende una cosa si no se la conoce entera, en sus distintos aspectos; y cada uno de los aspectos del reino de Cristo se entiende cuando se ve el conjunto, de modo que los profetas no llegaban a captar toda la riqueza de lo que anunciaban, sino sólo una pequeña

[230] parte. Nosotros, que conocemos la totalidad gracias al Nuevo Testamento, podemos captar la riqueza del anuncio de Isaías, que ni siquiera Isaías alcanzó a ver en su momento.

Si María tuvo que preguntar: "¿Cómo puede ser eso?", no podemos pretender que el profeta Isaías haya entendido todo lo que significaba la venida del Mesías, ni todo lo que podían llegar a significar las palabras: "Una doncella concebirá... y le pondrá el nombre Emmanuel".

Sólo nosotros, conociendo la Revelación entera, y con el Espíritu que nos lleva a la verdad completa, podemos captar el sentido más pleno de los anuncios proféticos, sentido que estaba incluido en la totalidad del plan de la Revelación inspirado por el único y mismo Espíritu. Y este plan tiene como fin a Cristo. Él, y no los profetas del Antiguo Testamento, es el Revelador por excelencia (Juan 1,17-18; 17,6-8; Hebreos 1,1-3). Pero el sentido "más pleno" del anuncio está en la línea de lo que quería decir y podía captar Isaías, en la línea del sentido histórico que captaban los judíos en la época de Isaías. Por eso, la aplicación a Cristo de esos anuncios, debe incluir, y no olvidar, lo que el texto decía a sus contemporáneos. De otro modo se corre el riesgo de usar los textos del Antiguo Testamento sólo en un sentido acomodaticio, sin respetar la intención del autor humano.

b. Otro tema sumamente discutido en la última década es el de la liberación de Egipto, el del Éxodo. Las lecturas alegorizantes tienden a tomar estos textos como un símbolo de la liberación del pecado a través del bautismo. El mismo San Pablo aprecia esa interpretación (1 Cor. 10,1-4), y también la encontramos muy presente en toda la tradición de la Iglesia.

Sin embargo, la lectura atenta de Ex. 2,23-24; 3,7.9.10, muestra que el clamor que Dios quiere escuchar es el clamor que brota de la opresión de un pueblo esclavizado, maltratado, usado. Pero lo que confirma que esos textos tienen fundamentalmente un sentido "social" es que el recuerdo de la liberación de Egipto es lo que motiva las leyes "sociales" que invitan al pueblo a reproducir la misericordia y la justicia que Dios tuvo con él al sacarlo de Egipto (Ex. 22,20-22.25-26; Dt. 15,7-9). Por otra parte, ese mismo sentido social, intrínseco al Éxodo, se continúa en el Nuevo Testamento en Santiago 5,1-4, donde vuelve a aparecer el tema del clamor escuchado por Dios en contra del opresor.

Pero también aquí descubrimos que la misma lectura histórica de los textos del Éxodo nos abren el camino para

[231] hablar de la liberación del pecado que se realiza en el bautismo, ya que la liberación de Egipto también es una liberación del culto pagano, y culmina en una alianza religiosa con Yavé (Ex. 3,12; 19, 4-8). Y para nosotros, cristianos, la liberación del pecado y la alianza con Dios se realiza en el bautismo. Así, siendo fieles a la lectura histórica, podemos decir que el bautismo lleva implícita dentro de sí una exigencia de misericordia y de justicia, una exigencia de luchar en favor de los oprimidos, que tiene una profunda motivación religiosa.

3. Cuando el Antiguo Testamento se lee mal

Otro ejemplo muy iluminador nos permite mostrar cómo un estudio científico del Antiguo Testamento nos hace comprender mejor algún aspecto de la vida cristiana, y cómo una mala interpretación del Antiguo Testamento puede llegar a desvirtuar la espiritualidad de los creyentes. Es el caso del libro del Eclesiastés.

Es una obra que manifiesta una fe terrena; el hombre vive sólo aquí, "bajo el sol". Si existe una salvación es aquí, en el don que Dios me hace en este presente. El Eclesiastés refleja un momento en que los judíos todavía no llegaban a captar la existencia de una realidad inmaterial en el hombre, que no termina junto con la descomposición de su cuerpo. De ahí la gran valoración de esta vida, vista como el don de Dios a los seres humanos. Esto provoca la invitación a gozar de todas las alegrías lícitas de esta vida, el comer, el beber, la diversión, la obra realizada, porque todo eso es don de Dios, y ante el Dios que dona, la primera respuesta no es la renuncia sino la aceptación gozosa de sus dones: 2,24-26; 3,12-13.22; 5,15-17; 11,7-8.10; 12,1. La expresión traducida con la palabra "vanidad", en realidad indica lo que es pasajero, fugaz, lo que dura poco, lo que tiene "un tiempo" limitado bajo el sol. Como consecuencia, se invita a gozar del presente antes de que lleguen los días desagradables. Resulta incoherente lo que dice en 11,10, si consideramos que allí hay que traducir "porque", de modo que queda así.:

*Aparta el mal humor de tu pecho
y aleja el sufrimiento de tu carne,
porque la juventud y el pelo negro son vanidad.*

Pero se comprende perfectamente si en lugar de "vanidad" colocamos "fugacidad", o algo semejante. Entonces, el resultado es:

[232]

*Aparta el mal humor de tu pecho
y aleja el sufrimiento de tu carne,
porque la juventud y el pelo negro se acaban pronto.*

Esto coincide exactamente con lo que dice inmediatamente después, en 12, 1. Es la simple invitación a gozar agradecidos de las cosas buenas que estén a nuestro alcance, antes que se terminen y la vida se vuelva más difícil.

Sin embargo, durante toda la Edad media se leyó el Eclesiastés como una invitación a huir del mundo. De hecho, la «Imitación de Cristo», de Kempis, comienza diciendo «vanidad de vanidades, todo es vanidad», y lo interpreta así:

Esta es la suma sabiduría, tender al Reino celeste, despreciando el mundo... Vanidad es preocuparse sólo de la vida presente y no pensar en las cosas futuras. Vanidad es amar lo que pasa rápido...

Tendríamos que pensar que Kempis no ha leído con detención el Eclesiastés, pero además que no ha leído el Eclesiástico, donde se nos dice claramente:

*No te prives de pasarte un buen día,
que no se te escape la posesión de un deseo legítimo... (Ecco 14, 14).*

Y el autor del Eclesiástico también fundamenta esta invitación en la brevedad de la vida (Ecco. 14, 17).

También se nos habla claramente sobre la bondad de las cosas de este mundo:

*Las criaturas del mundo son saludables,
no hay en ellas veneno de muerte (Sabiduría 1, 14).*

*Dios nos provee espléndidamente de todo para que lo disfrutemos
(1 Tim. 6, 17).*

También el Nuevo Testamento continúa la invitación del Eclesiastés a vivir el presente y no fatigarse por el futuro (Santiago 4, 14; Mateo 6, 34).

Sin embargo, sobre este tema es el Antiguo Testamento el que nos ofrece una mayor riqueza, especialmente en las reflexiones reposadas de Eclesiastés y Eclesiástico. Estos libros alcanzan su plenitud en el Nuevo Testamento, pero siguen siendo Palabra de Dios con un mensaje que será válido para siempre. Así lo es la invitación a descubrir en cada cosa buena que podamos disfrutar un don que proviene del amor de Dios; por lo que la actitud habitual ante los bienes de este mundo no es la renuncia ascética, que en ocasiones tiene su valor, sino el gozo agradecido ante el Dios amoroso que los regala gratuitamente.

[233] Y por otro lado, la invitación a evitar que las preocupaciones por el futuro nos impidan vivir *este* momento presente, porque es don de Dios.

El Nuevo Testamento simplemente completa esta verdad invitándonos a buscar ante todo en los actos de amor fraterno el gozo de cada momento (Juan 13, 14-17; Hechos 20, 35).

4. Para una espiritualidad sólida

Suele decirse, o al menos así lo expresan las opciones prácticas, que la dificultad de leer y entender bien el Antiguo Testamento hace que sea preferible leer otros escritos espirituales (como las vidas de santos, o las meditaciones de autores contemporáneos) u otras obras clásicas más motivadoras (como el Kempis, etc.); Incluso, en ámbitos más ilustrados, se considera más beneficioso para la Teología el recurso a los escolásticos o a los teólogos contemporáneos que el estudio del Antiguo Testamento, y hasta se suele decir que los Padres de la Iglesia y los escolásticos, son testimonios de la Tradición de la Iglesia, que es también Palabra de Dios, con la ventaja de ser más claros y precisos que el Antiguo Testamento.

Encontramos así una nueva vertiente, más disimulada y sutil del antiguo marcionismo.

Bastaría recordar solamente que el Antiguo Testamento es inspirado, mientras que no lo son los distintos «testimonios» de la Tradición. De hecho, el Concilio Vaticano Segundo dice de toda la Biblia que es el «alma de la Teología» (D.V. 14; O.T. 16), lo cual equivale a decir que sin el fundamento y la luz de la Biblia la Teología se transforma en un cadáver de argumentaciones.

Además, la Tradición de la Iglesia no arranca en el Nuevo Testamento, sino más atrás, en la larga historia del Pueblo elegido, al cual Dios quiso revelarse «antiguamente» (Heb 1,1). Y ya sabemos que sin el trasfondo del Antiguo Testamento difícilmente se puede comprender exacta y profundamente el verdadero sentido de los textos del Nuevo, y esta incompreensión hace que la misma Tradición de la iglesia pueda ser mal entendida. Y si bien el Kempis pueda considerarse un testimonio de la Tradición, su mensaje debe subordinarse a la Palabra inspirada del Eclesiastés, que siempre tendrá la primacía y obligará a purificar el mensaje cristiano de resabios jansenistas y maniqueos.

[234]

Así, podemos sostener que la lectura y el estudio del Antiguo Testamento sigue siendo fundamental e indispensable para edificar una Teología y una espiritualidad sólidas, completas y auténticamente cristianas.